

cacion de periódicos, y los delitos de imprenta quedaron sujetos á tribunales no jurados. Así en el interior servía el poder á la emigracion y al clero, al paso que en el exterior concedía á la Santa Alianza la guerra de España. La Revolucion Española tal vez hubiese encontrado éco en Francia; al grito arrojado por los descendientes del Cid y de Padilla podia quizás contestar otro grito de la otra parte de los Pirineos; espantóse de semejante suposicion el gobierno retrógrado de Luis, y bastó una simple indicacion del congreso de Verona para que, bajando la cabeza, se encargase de derribar lo que tantos esfuerzos y sacrificios costaba á la heroica España. Pero antes creyó el ministerio que debia desvanecer los temores que de tan vergonzosa empresa manifestaba el generoso pueblo francés, y segun sus espresiones, el ejército, que se iba reuniendo en la frontera española, no fué mas que un cordon sanitario para precaver que la Francia fuese víctima de la peste que diezmaba la poblacion de Barcelona; mas apesar de tan mentirosas protestas, la pobre España fué invadida por cien mil franceses, y se gastaron cuatrocientos millones para restablecer en ella el poder absoluto y monacal, y poblarla de horcas y calabozos, con que la piedad y buena fé de Fernando y de un partido infame respondió al decreto que en Andújar espidieron los franceses con el fin de evitar toda reaccion. La faccion francesa logró en cambio hacer un héroe del duque de Angulema y contentar sus graciosos amos los reyes de la Santa Alianza, mientras una nacion vecina maldecia el nombre francés, y confundiendo gobierno con pueblo, solo en Francia veia el origen y causa de sus desgracias.

Con tan sacrílego triunfo, no conoció límites la ambicion y sed de venganza de los realistas; y aprovechándose del terror que infundia la suerte de la España, arrojó la máscara y volvió de nuevo á sus escesos y á sus ataques contra la Carta y contra la libertad. Con pretesto de una frase, que no se le permitió concluir, Manuel, diputado por la Vendée, recibió orden de salir de la cámara; pero acogiéndose él á su sagrado carácter y á la inviolabilidad de que entonces le revestia la ley, negóse á abandonar su puesto. Recurrió, pues, el bando servil á la fuerza; llamó al piquete de nacionales, que daba

la guardia, y no queriendo estos dignos ciudadanos poner sus manos en un diputado de la nacion, valióse de los gendarmes. Cedió Manuel á la fuerza, pero no salió solo; sino que levantándose todos los de la izquierda (liberales), abandonaron con él la sala de sesiones, y una protesta firmada por 62 de aquellos diputados fué la mejor contestacion á semejante arbitrariedad. A este atentado contra la ley fundamental sucedió la disolucion de aquella cámara: pues, aunque su mayoría diese el triunfo al partido retrógrado, sin embargo la sola presencia de hombres liberales y amantes del bien de su pais traia azorados á los reaccionarios, que á cada paso temian que las palabras de verdad, libertad y justicia que resonaban de cuando en cuando en la tribuna, encontrasen éco en el pueblo y lo animasen á destruir la obra con tanto afan empezada. Así pocos constitucionales dieron las nuevas elecciones, en que presidió el fraude, la violencia y el terror y amenazas de la Santa Alianza. Dueños, pues, del campo, (1824) hicieron adoptar los ministros la *septennialidad*, esto es, la ley por la cual los diputados, que solo habian recibido de la nacion poderes por cinco años, de su propia autoridad se los prolongaron hasta siete; la conversion de las rentas, y una ley de reemplazo del ejército opuesta á la de Gouvion-Saint-Cyr. Y confiados en la próxima muerte del rey, que á no hallarse afligido por sus dolencias tal vez no lo autorizara, á 15 de agosto publicaron la censura, y acabaron de sujetar la libertad de imprenta. Un mes despues, á 16 de setiembre espiró en las Tullerías Luis XVIII, y fué enterrado en San Dionisio.

Al ascender al trono, tomó el conde de Artois el nombre de Carlos X. Era la esperanza y sosten de los mas furibundos emigrados y del clero; y aunque al principio de su reinado concilióse alguna popularidad, merced á sus mentirosas promesas, pronto dió á conocer la decidida proteccion que le merecia el retroceso, al paso que la preponderancia que concedió al clero, á todos convenció de que lo consideraba base firmísima de su trono, y principal sosten y ayuda de sus planes.

Efectuó su entrada en París á 27 de setiembre, y pasó á la iglesia de Nuestra Señora, donde recibió las felicitaciones de los cuerpos del estado. Sin duda las aclamaciones de un pueblo inmenso debieron de sonar en el corazón del nuevo monarca como voces de esperanza que en él ponían todos; y quizás los obsequios que le prodigó la ciudad de París conmovieron su alma, si ya no es que la diplomacia consideró el enternecimiento y la aparente gratitud de una concesion como medio seguro para adormecer la vigilancia de los liberales. Sea como fuere, dos días despues suprimió Cárlos la censura, fué general el entusiasmo, y las iluminaciones, y las aclamaciones y los cantares fueron la espresion del contento y satisfacción que animaba á los franceses. Sin embargo, pronto desapareció esta ilusión, y el rey entró en la senda de sus predecesores, á quienes tal vez dejó muy atrás. Volvian á aparecer en varios puntos de Francia las estinguidas comunidades religiosas (1825); y una enorme lista civil, el poder del clero, que siempre iba en aumento, y cuya dotacion hacía cada vez mayor, la bárbara ley del sacrilegio y los mil millones concedidos en indemnizacion á los emigrados, bastante anunciaron á la infeliz nacion qué suerte debia esperar del reinado de aquel nuevo Jacobo II.

Entretanto, un solemne acto, cuya mayor belleza debióse á la espontaneidad del concurso, vino á protestar tácitamente contra la marcha del gobierno, al paso que fué una hermosa espresion de los sentimientos que ardian en todos los corazones. Á 28 de noviembre murió en París Foy, el valiente general, que á lo ilustre de sus hazañas supo añadir la corona cívica que ganó en los escaños del poder legislativo y en la tribuna por su desinterés, patriotismo y valor. Voló por toda la capital la noticia de su muerte, y un concurso inmenso acudió á sus funerales. La flor de la juventud disputóse el honor de sostener un cabo de su féretro, y sus restos mortales fueron conducidos á su última morada en brazos de la muchedumbre que le lloraba: última corona, humilde pero pura y duradera recompensa de la virtud que abandona la tierra! Terminadas las exequias, supose que el difunto ninguna fortuna dejaba; los parisienses no permitieron que los

hijos del que honró la legislatura y las armas francesas gimiesen en la indignancia, y abriendo al punto una suscripcion, en poco tiempo pudieron ofrecerles un *millon* de francos.

La ley de las substituciones (1826) y del derecho de primogenitura acabó de hacer patentes los proyectos de la faccion retrógrada, escitando á lo sumo la indignacion pública. Pero los mismos excesos del ministerio cansaron á la cámara de los pares, cuya mayoría, aunque débil, contaba en su seno varones sensatos y amantes de la prosperidad de su país. Previendo, pues, el fin directo á que se encaminaban todas las disposiciones del gobierno, desaprobó esta cámara el mencionado proyecto de ley; mas aunque desairados, no creyeron oportuno los ministros presentar su dimision, ni ¿como habian de presentarla, viéndose apoyados por trescientos diputados que les vendieran su voto, y que solo al terror y arbitrariedades debian sus poderes? Así prosiguieron en sus planes de retroceso; el clero, revestido de todos los honores y consideraciones, continuó con mas ahinco descarriando y envileciendo el espíritu público; frailes ignorantes se apoderaron de la educacion de la juventud, y la Francia se pobló de seminarios y conventos, mientras furiosos misioneros recorrian las provincias, sembrando la desunion en las familias y el desorden en las ciudades. Tantos y tan repetidos excesos hicieron conocer el verdadero estado de las cosas á los partidarios del absolutismo que aun conservaban alguna idea de la dignidad de hombre, y á los que querian un gobierno representativo por incompleto que fuese; la faccion empezó á dividirse y á espantarse, y principió la defeccion. Viendo amenazada su existencia (1827), cebóse el ministerio contra la libertad de imprenta; y satisfaciendo el rey los deseos del clero, en el discurso del trono anunció este próximo ataque para encadenarla, ataque que Peyronnet se encargó de llevar á cabo con su proyecto de ley, que calificó de *ley de amor*. Pero conservando la mayoría de los pares su moderada y juiciosa actitud, obligó á Peyronnet á retirar su proyecto, que bien podia mirarse como abolicion de la Carta.

Condenó la opinion pública semejante atentado, y pocos

días despues pudo hacerse oír del mismo rey, si ya no se la habian manifestado las iluminaciones con que toda Paris celebró la repulsa dada por los pares á la ley mencionada. De-seoso Carlos X de espresar á la guardia nacional cuan satisfecho quedára del servicio de honor que prestó ella el dia del aniversario de su entrada en Paris, anunció que la pasaria en revista en el campo de Marte, el 29 de abril. Al llegar este, muy de mañana y con orden admirable marcharon las legiones al punto señalado: y presentándose el monarca, toda la guardia nacional le saludó al grito de *viva el rey*. Pero al oír que á estas lisongeras aclamaciones sucedian los enérgicos clamores de *abajo el ministerio*, no pudo el rey contener su enojo, y exclamó: *He venido á recibir homenages, y no lecciones ni consejos*. Aquella misma noche, el mariscal Oudinot, comandante general de la guardia nacional, recibió la orden de proceder inmediatamente á su disolucion; y dos dias despues volvióse á establecer la censura.

Pero cinco años transcurriéran ya desde que fueron elegidos los miembros de aquella cámara, que de su propia autoridad prorogára sus poderes hasta siete; y cediendo tanto á la voz de su conciencia como al espíritu de los pueblos, los diputados de ambos partidos declararon que, pues no habian recibido poderes mas que por cinco años, ya no podian continuar las sesiones sin infringir la ley. Y como confiaba el ministerio en sus medios y sus propias fuerzas, no se opuso á la disolucion de la cámara. Convocáronse los colegios electorales, y por esta vez fueron impotentes el fraude, la astucia y la violencia; los escritores en repetidos artículos presentaron con toda verdad el terrible estado á que llegáran los negocios, y el partido liberal estimuló á los contribuyentes á que todos tomasen parte en la lucha electoral. Coronó la victoria sus esfuerzos, y una mayoría constitucional dió á la nueva cámara un carácter algo popular. Pero no se efectuaron sin sangre las elecciones de Paris; al ver los liberales que las urnas se decidian á su favor, iluminaron la ciudad y poblaron el aire de festivas aclamaciones. Conociendo el ministerio que se le escapaba la victoria, é irritado del júbilo que en la capital reinaba, dió á la policía órdenes á propósito para que

aquellas inofensivas demostraciones fuesen tomando un carácter sedicioso y procurase emplear la fuerza. En efecto, á las nueve de aquella noche, apareció un piquete de gendarmes, y dispersó violentamente el gentío, que se retiró irritado y formó algunas barricadas. Sucédense las patrullas, y el pueblo contesta á sus intimaciones con el grito de *fuera gendarmes!* A cosa de las diez, avanza por la calle de Saint-Denis un piquete mas numeroso, y deshace dos barricadas, que el pueblo restablece luego que han desaparecido los gendarmes; pero las patrullas se doblan, y atacando las barricadas con fuego de peloton bastante vivo, dispersan la muchedumbre y quitan las barreras. Así continuaron estos desórdenes en la noche siguiente, en que, apesar de haber estado todo el dia sobre las armas la tropa, algunos grupos de miserables recorrieron las principales calles arrojando pedradas á los cristales de las ventanas para que se iluminasen, y dando gritos contra el gobierno; pero ¡cosa estraña! ni la policía ni los gendarmes cogieron un solo paisano con las armas en la mano.

El ministerio estaba agonizando; una crecida mayoría amenazaba contrariar y anular todos sus serviles proyectos, y en la cámara de los pares dominaban tambien los hombres bien intencionados y sensatos. La última tentativa de aquel fatal ministerio fué pervertir esta de nuevo, introduciendo en ella una hornada, si así puede decirse, de setenta y seis pares hechuras suyas. Sin embargo tuvo que ceder á la mayoría y á la opinion, que en todo este largo período sufriera una importante revolucion, efecto del tiempo y de la práctica de la Carta, y cuyo cuadro bosquejaremos en breves líneas.

Iban desapareciendo de las cámaras los hombres del antiguo régimen, los de la Revolucion y los del imperio, que tan encarnizada lucha sostuvieran entre sí, al paso que ya ocupaban sus escaños nuevas generaciones estrañas, sino indiferentes, á las pasiones, á las preocupaciones y á las exigencias de sus predecesores, y formadas por la paz y la práctica en los negocios. Algunos años de esperiencia empezaban á hacer

agradable el sistema representativo á todos, incluso sus mas declarados enemigos. Mientras solo los llamados liberales reclamaron la libertad de la tribuna ó de la imprenta, esa libertad fué disputada y atacada, y se hizo sospechosa; pero pronto sus mismos contrarios la hubieron menester, y la invocaron á su turno. Chateaubriand la reclamó, ya cuando el ministerio Richelieu, ya cuando el Villele, para atacar los ministros, cuyo enemigo era. Villele y Corbierre la pidieron contra Decazes y Simeon, y Labourdonnaie la ejerciera contra todos. Así á todos parecia buena, á todos útil la libertad; y pudiera decirse que contribuia á arraigarla tanto la mano de sus contrarios como la de sus amigos. Asistia la nacion á este espectáculo, y al paso que perturbada, en su quietud veíase ilustrada por aquella libertad que tanto resonaba en la tribuna y en la prensa periódica. Empezaba á conocer cuán bello era aquel sistema que, poniendo la dignidad real en una region superior fuera del alcance de cualquier ataque, dejaba abajo una agitada region, en que ministros adictos á partidos diversos entraban y salian de la oposicion al poder y del poder á la oposicion, y sin desórden ni desorganizacion alguna representaban la sucesion y lucha de los intereses sociales. Cada dia por un nuevo experimento descubria el secreto de una parte del sistema. Siendo ministro Villele, conocia cuán útil eran dos tribunas, de las cuales la una defendiese los intereses que descuidaba la otra, al ver que los pares desaprobaban las leyes que una mayoría venal concedia al ministerio; y aun creía que no era perniciosa la dignidad hereditaria, al ver que de setenta y seis pares los cincuenta se valian de su independecia para no votar mas que los intereses de la patria. Tambien aprendia á apreciar en su justo valor la utilidad de esa imprenta que, sin pertenecer á ninguno de los poderes, á todos inquietaba, y á veces calumniaba, pero que siempre los traia cuidadosos de su proceder, cuando en 1827 veia que esta misma imprenta arrancaba el cuerpo electoral de la esclavitud y envilecimiento en que lo sumiera Villele. Así es que en 1827 estaba perfecta la educacion de la Francia: --conocia á fondo y deseaba la monarquía representativa; estaba íntimamente convencida de que

con ella gozaria de tranquila libertad, y nada mas que ella ambicionaba.

Este espíritu de la nacion fué el que derribó á Villele, y llamó al poder á Martignac (1828). Compuesto el nuevo ministerio, en su mayor parte de hombres rectos y juiciosos, comprendió los deseos de la nacion y se encargó de satisfacerlos, aunque moderadamente y con timidez. Presentó una ley bastante satisfactoria sobre la imprenta, y unas ordenanzas para la espulsion de los jesuitas; pero este ministerio, cuya posicion, de suyo difícil, hacíase mas crítica por contrariar sus intenciones las de la camarilla y de su amo, era el juguete de la corte, que solo lo nombrára para ganar tiempo, y prepararse á dar un golpe de estado. Leyó á la cámara un proyecto de ley municipal y departamental, que al punto fué atacado por la oposicion (1829); aprovechó esta circunstancia la corte, que miraba de reojo el proyecto aunque imperfecto y truncado, y lo retiró bruscamente. La convocacion de las cámaras tocaba á su fin, y antes de cerrarlas emitió el ministerio algunas promesas de reforma que alentaron un tanto los ánimos; pues que, aunque no estaba satisfecha la opinion pública, el honrado carácter de los ministros hacia que se diese crédito á sus palabras, al paso que no los constituia enemigos de la nacion. De repente cunde la noticia de que el rey no ha querido acceder á las instancias de los ministros, que dejan la plaza á otros consejeros. La Francia entera quedó absorta de pasmo al leer en el ministerio los nombres de Polignac, Bourmont y Labourdonnaie; del conspirador de la calle de Saint-Nicaise, del traidor de Waterloo y del hombre de las categorías. El rey echó, pues, de su lado á los únicos intermediarios entre él y la nacion, y arrojándose á rienda suelta en la senda contrarrevolucionaria, prefirió encontrarse frente á frente con la última.

A los dicterios y fanfarronadas de los realistas, contestó la Francia con las asociaciones para negar los impuestos, y con el triunfo en la legislatura. Abrió el rey las cámaras (1830), y su discurso terminó con una amenaza á la nacion; pero 221

diputados votaron una contestacion, que en términos respetuosos y enérgicos referia el dolor é inquietud que afligian al pueblo francés, y decia que entre la cámara y el ministerio no mediaba igualdad de miras políticas. Aquel acta, que para siempre honrará á sus autores, indignó al rey y á sus consejeros, que decretaron la disolucion de la cámara, y fijaron la convocacion de otra para el 3 de agosto.

Iba por fin á resolverse la gran cuestion del gobierno representativo, aquella en que consiste toda su esencia, esto es, si el rey es ó no independiente de la mayoría de las cámaras, y si puede ó no escoger sus ministros fuera de ella. Quince años de posesion no permitian se arrebatase á los franceses las formas del gobierno representativo: ministros responsables, dos cámaras, votacion de los impuestos y libertad de imprenta. Estas formas hacian ya parte de los hábitos, de los gustos y de las costumbres de la nacion, y todos se habian valido de ellas, así realistas como liberales, así Labourdonnaie como Foy y Manuel. Todos, pues, estaban obligados á defenderlas si eran atacadas, y ya no podia dejar de existir el sistema constitucional. Pero nada era todo esto sin otra condicion, esto es, que el gobierno cediese al voto de la mayoría de las cámaras; porque sin ella, la monarquía no es *representativa*, sino *consultiva*: las cámaras entonces emiten un voto, pero este voto no obliga, y se ven reducidas á un mero sistema de *consejos ó esposiciones*. Destituir el ministerio Polignac, y nombrar otro de la mayoría de 1828 hubiera sido resolver la cuestion á favor de la Francia; pero Carlos X hizo, por decirlo así, alto en este terreno, y en él quiso combatir. Para ello hizo un golpe de estado, y la Francia una revolucion: Carlos X fué consecuente, mas tambien lo fué la Francia.

REVOLUCION

DE 1830.

DISUELTA la cámara, los doscientos-veinte y un diputados que votaron la contestacion al discurso del trono fueron recibidos en todas partes con las mas vivas demostraciones de afecto y entusiasmo. Sucedianse los banquetes patrióticos y las ovaciones populares; sacudia la nacion entera el letargo en que al parecer permaneciera sumida, y cada cual á su manera manifestaba su aversion á un gobierno anti-constitucional. Pero empeñada ya la lucha, hízose este mas compacto aun con el nombramiento de nuevos consejeros, cuyos antecedentes y conducta política quitaban toda esperanza de reconciliacion. Peyronnet, el célebre autor de la *Ley de amor*, ocupó el ministerio del interior (estado); otro ministerio fué creado para el baron Capelle, y Chantelauze y d'Haussez reemplazaron á Chabrol y Courvoisier. Quiso ademas el gobierno procurarse un apoyo en el ejército; pero los soldados que conquistaron Argel, solo vencieron por la Francia y no por ningun partido. En vano puso en ejecucion toda su astucia, en vano recurrió á las amenazas: los colegios electorales de distrito, sobre ciento noventa y ocho diputados, reeligieron ciento y diez de los autores de la mencionada contestacion, y ademas treinta individuos liberales; en los colegios de departamento tampoco favoreció la suerte al gobierno, y la noti-